

El lugar de la seguridad en la política progresista

David Blunkett*

Un mayor sentimiento de inseguridad es el resultado natural de un mundo que cambia vertiginosamente – la otra cara de los beneficios y oportunidades de la globalización. Desde que me desempeñé como Ministro del Interior, hace aproximadamente tres años, he sostenido que responder a este sentimiento es uno de los más importantes desafíos que enfrentan los gobiernos progresistas y la centro-izquierda en el mundo. Todos estamos convencidos de la necesidad de enfrentar al terrorismo, pero también tenemos que garantizar a cada persona, por ejemplo, que nuestros controles de inmigración continúan siendo sólidos frente al creciente desplazamiento global de la gente y al aumento del contrabando organizado de personas; asimismo, debemos encontrar nuevos caminos para que las comunidades se protejan de la delincuencia y de las conductas antisociales. Debemos reducir la inseguridad y el temor a la diferencia que surge con los rápidos cambios.

Asociadas a todos estos desafíos, hay cuatro ideas interrelacionadas que considero fundamentales para comprender el lugar de la seguridad en la política progresista. Primero, que es un error contraponer

seguridad y libertad – que la libertad presupone en realidad orden y estabilidad. Segundo, que un verdadero concepto de libertad debe ser lo suficientemente amplio, de modo que considere la capacidad de las personas para participar en el gobierno y contribuir a sus comunidades – no debe entenderse tan solo como el hecho de estar libre de injerencias. Tercero, que el desafío del gobierno es establecer un equilibrio entre la necesidad de proteger la libertad y los derechos individuales por una parte, y los valores de la comunidad y de las interrelaciones por otra – lo que incluye la necesidad de crear fe y confianza en nuestros sistemas de justicia y seguridad. Cuarto, que dado que las amenazas para nuestra seguridad se están internacionalizando cada vez más, debemos estar preparados para trabajar en conjunto a nivel internacional a fin de responder a las mismas.

*David Blunkett es Ministro del Interior de Gran Bretaña. El presente texto corresponde a una ponencia realizada por David Blunkett en una conferencia de la Fundación Friedrich Ebert en febrero 2004 en Londres, sobre el futuro del progresismo europeo. El texto original, junto con otras ponencias de esta conferencia, puede encontrarse en internet bajo <http://www.feslondon.dial.pipex.com/sems02/WhereNow.pdf>

Seguridad como base de la libertad

Quienes tienen inclinaciones políticas liberales no siempre han aceptado que la seguridad y la libertad van de la mano. Sin embargo, pienso que el establecimiento de un entorno estable es vital para sustentar la democracia y una sociedad civil pluralista abierta – las bases de nuestra libertad.

Creo que la historia demuestra lo difícil que resulta que la democracia florezca si el temor y la inseguridad permiten que aquellos que tienen posiciones extremas saquen provecho de las preocupaciones reales e imaginarias de la población en su conjunto. En el pasado, la desestabilización llevó al surgimiento del fascismo y del comunismo. Así sucedió en la década de los 30, en la Segunda República Española – cuando la desintegración condujo a una guerra civil entre facciones. Lo mismo ocurrió en la República de Weimar, cuando Alemania se fue desintegrando gradualmente. Naturalmente, el colapso económico fue causa fundamental del origen de esta inestabilidad e inseguridad, pero también lo fue el hecho de no imponer orden ni garantizar una tranquilidad básica.

No hago estas comparaciones por considerar que estemos en una situación similar a la de los años treinta, sino porque nunca debemos dar por sentado la forma en que un deterioro de la seguridad puede tener consecuencias desastrosas para la libertad. En nuestro propio país, en un pasado relativamente reciente, la tragedia de 30 años que llevó al Acuerdo de Viernes Santo nos permite apreciar lo vital que es la seguridad para nuestras vidas y nuestra libertad.

Naturalmente, ahora enfrentamos desafíos distintos que podrían socavar nuestra seguridad e imponer restricciones a nuestra libertad. El alcance transnacional de la religión, que puede y debe ser una

fuerza en pro del bien, se convierte en una amenaza cuando se combina con el surgimiento del extremismo religioso que seduce a las personas con su traza de certeza moral absoluta – que justifica la desestabilización de las comunidades existentes y que incluso ofrece socorro al terrorismo. Al mismo tiempo, es fuente de represión y una forma perversa de orden y estabilidad que rechaza la tolerancia, la expresión democrática libre, y los resguardos y equilibrios esenciales que garantizan el florecimiento de la libertad.

Es en los barrios más afectados por la delincuencia donde existen mayores probabilidades de rechazo a la política

También existen nuevos desafíos en el ámbito interno. La delincuencia y las conductas antisociales no son algo nuevo, pero se unen a nuevas tendencias económicas y sociales en materia de desplazamiento y conducta, y crean una nueva clase de amenaza para la estructura de nuestra vida en comunidad. Sin resguardos, el temor que esto puede crear impide la cooperación de las personas y engendra una sensación de impotencia entre aquellos que pretenden revitalizar sus barrios. Es en los barrios más afectados por la delincuencia, en los que más se requiere revitalización, en que la desilusión es mayor, donde existen mayores probabilidades de rechazo a la política. Con el fin de lograr que la revitalización económica y la iniciativa social funcionen, con el propósito de alentar a las personas para que tengan confianza en asegurar que la autoayuda y la autodeterminación funcionen, tenemos que lograr lo esencial, tenemos que garantizar que las personas estén y se sientan seguras. De lo contrario, existe el riesgo de que dejemos el campo abierto a los partidos políticos

extremistas. En Gran Bretaña, este es el objetivo central del Partido Nacional Británico, que ya está aprovechándose del temor y de la inseguridad de la gente mediante panfletos propagandísticos en todo el país, y está explotando ese temor en una forma que promoverá las tensiones de la comunidad y se extenderá al lenguaje de la política derechista a nivel de partidos mayoritarios y a los medios. En toda Europa, debemos evaluar la magnitud del desafío y, a la vez, demostrar valor para derrotar a los racistas, eliminar las áreas de preocupación que afectan la vida de aquellos para quienes los llamamientos morales parecen ser retórica vacía en medio de su propia situación inmediata.

Esa es la razón por la que nuestro gobierno ha colocado a la seguridad y al orden en el centro mismo de su agenda progresista, en lugar de admitir con disgusto su importancia. Hemos aumentado el número de policías a niveles sin precedentes e introducido reformas fundamentales para incrementar la eficiencia policial. Hemos desarrollado nuevos enfoques para hacer frente a los delitos callejeros y a los delitos con armas de fuego, para el tratamiento contra las drogas y la reducción de la delincuencia juvenil, y para el funcionamiento de nuestros tribunales. Dichos enfoques se basan en asociaciones eficaces entre la policía, los líderes de la comunidad, las autoridades educacionales, los servicios de menores, los tribunales, y los servicios de tratamiento contra las drogas.

El mismo enfoque caracteriza nuestra campaña para hacer frente a las conductas antisociales: trabajo con los padres para ayudarlos a criar a sus hijos, lo que contempla contratos con los padres respecto de la formación de sus hijos en el caso de aquellos que no cumplen con sus responsabilidades; trabajo con las comunidades para aumentar la regulación de los espacios públicos; introducción de penas nuevas y

eficaces para quienes cometen delitos menores, y nuevas formas de supervisión intensiva respecto de aquellos que representan un mayor riesgo para la comunidad. Un buen ejemplo de esto es la “Zona de Acción para la Seguridad de la Comunidad” creada en Bexley, donde la autoridad local ha incorporado activamente a la comunidad en la lucha contra la delincuencia y las conductas antisociales.

Nuestro gobierno ha colocado a la seguridad y al orden en el centro mismo de su agenda progresista, en lugar de admitir con disgusto su importancia

En los primeros dos años del programa, no solo se redujeron los niveles de delincuencia (en algunas categorías, como robos callejeros, hasta en un 85 por ciento), sino que también se redujo drásticamente el temor al delito, lo que tiene casi la misma importancia; con ello se ha logrado una diferencia real en la vida de las personas. Anteriormente, solo el 20 por ciento de los residentes sostenía que se sentía seguro luego de que oscurecía; ahora, esa cifra ha aumentado a más del 90 por ciento. Esto nos demuestra la forma en que la libertad surge finalmente de un conjunto de valores conformado por la seguridad, la confianza de la comunidad, una sociedad civil sólida, y un gobierno democrático.

¿Qué clase de libertad intentamos lograr?

El desafío de la ciudadanía

Esto me lleva a mi segunda idea. Al abordar los temas relativos a libertad, seguridad y justicia, es esencial considerar qué clase de libertad intentamos lograr. Creo que debemos luchar por la libertad en su con-

cepto más amplio – no solo en el sentido de eliminar las injerencias, sino de brindar a las personas libertad para participar en la entrega de soluciones para sí mismas, sus familias y sus comunidades. Como lo entenderían los Antiguos Griegos, libertad para contribuir a la Polis.

De manera bastante simple, estoy interesado en la eliminación de la injerencia externa, en la protección física y en la protección de las libertades civiles, pero también estoy interesado en la auténtica libertad para participar en política formal y, de manera importante, en el desarrollo de la sociedad civil. Naturalmente, estas clases de libertades son complementarias. La participación como ciudadanos activos y el compromiso con el proceso democrático son cruciales para la supervivencia de una sociedad pluralista, civilizada y libre.

Lo anterior rige tanto a nivel de barrio, condado, región o nación, como en el ámbito internacional. Esta es la razón por la que he intentado crear un compromiso con la sociedad civil desde el barrio hacia las estructuras superiores. Como Ministro de Educación y Empleo, participé en el desarrollo de programas de “ciudadanía activa”. Brindamos a los colegios la oportunidad de aprender sobre ciudadanía y democracia y, junto con esto, les dimos la oportunidad de ofrecer sus servicios a la comunidad. A nivel de gobierno, estamos empezando a cambiar el equilibrio desde un bienestar basado en los ingresos hacia un bienestar basado en los activos, incentivando a las personas a construir para el futuro. También debemos cambiar el equilibrio en la política comunitaria, no solo ayudando a las comunidades a luchar contra los problemas inmediatos, sino también creando sus activos – ayu-

dándolas a desarrollar nuevas formas de capital social en un mundo que cambia con rapidez, en que las tendencias sociales, el mayor desplazamiento y la falta de tiempo han erosionado algunos de los lazos tradicionales que unían a las comunidades.

Tenemos que lograr que las personas vuelvan a participar en la estructuración de su propia sociedad y no simplemente como consumidores de servicios

No subestimo el desafío que implica el respaldo y la renovación de la sociedad civil. Todos sabemos que la participación formal está decayendo en todo el mundo – fue menor al 60 por ciento en la última elección general en el Reino Unido. En tanto florecen algunos movimientos comunitarios, otros decaen. Tenemos que lograr que las personas vuelvan a participar en la estructuración de su propia sociedad, y no simplemente como consumidores de servicios. Si lo hacemos, podemos empezar a construir una cultura en que la autoayuda y la ayuda mutua vayan de la mano y se alimenten entre sí, y no apunten en direcciones opuestas. Esto no es algo que el gobierno pueda imponer verticalmente desde arriba – las personas tienen que asumir la responsabilidad de sí mismas, como individuos y como comunidades. Sin embargo, el gobierno, en todo nivel, también debe asumir la responsabilidad de aumentar la independencia de individuos y comunidades; para ello, debe brindarles el apoyo, la confianza, las capacidades y los activos que necesitan para asumir esa responsabilidad.

Esta es la clase de sociedad verdaderamente libre que deberíamos intentar construir.

El papel del gobierno como garante de la libertad, la seguridad y la justicia

Por una parte, valoramos la libertad individual y, por otra, la interrelación; asimismo, consideramos que ambas están asociadas a nuestra libertad para participar en política y en la sociedad civil. Sin embargo, sería un error pretender que nuestros valores nunca nos plantean alternativas difíciles. Esto me conduce a mi tercera idea – el desafío de establecer un equilibrio entre la protección de la libertad y los derechos individuales por un lado y, por otro, los valores de la comunidad y de las interrelaciones, de la fe y la confianza compartidas en nuestros sistemas de justicia y seguridad.

En primer lugar, tenemos que reconocer que para brindar protección y eliminar el temor es necesario poder participar en la gestión pública colectiva. Para hacerlo, todos nosotros convenimos en renunciar a algo de nuestra soberanía personal y en unir nuestro individualismo con el fin de lograr objetivos comunes. Por cierto, la legitimidad proviene de las personas que consienten en unir su individualidad, y de una política democrática en que haya acuerdo con respecto a los objetivos que el gobierno pretende alcanzar.

No tengo paciencia con aquellos que sugieren que las decisiones acerca de la forma en que debemos protegernos del terrorismo no deben dejarse al gobierno y que corresponden en su totalidad a los tribunales y al poder judicial. Todos aceptamos que estas decisiones pueden tener resultados potenciales graves para la comunidad, pero precisamente por eso, exigen una legitimidad que solo puede provenir de un proceso democrático. Si las personas deben aceptar

las consecuencias de dichas decisiones, éstas deben ser adoptadas por aquellos que han elegido y a quienes tienen la facultad de destituir. Todos nosotros tenemos el desafío de reafirmar la primacía de la política como mecanismo esencial de la democracia, la cual ofrece los únicos medios pacíficos para conciliar las diferencias y garantizar el progreso.

El desafío es proteger la libertad, no el «desenfreno»

En el Reino Unido tenemos una gloriosa tradición de democracia, pero también contamos con una notable tradición de respeto a la libertad individual. Desde el establecimiento de la Carta Magna, hemos intentado brindar protección contra aquellos que pretenden un poder dominante. Creo que estos valores aún tienen validez; de hecho, son más importantes que nunca y son apropiados para las personas de todo el mundo, aun cuando las naciones y los pueblos compartan un trasfondo cultural distinto. Sin embargo, también creo que no se contraponen con el establecimiento de sistemas de justicia y seguridad que protejan el bien colectivo y nuestras libertades mutuas, aunque estos sistemas constriñan las acciones individuales. El desafío es proteger la libertad, no el “desenfreno”. Tenemos derecho a pretender que los demás respeten nuestra libertad, pero esta pretensión debe basarse en el entendimiento de que todos somos interdependientes y, por lo tanto, responsables ante los demás.

Por consiguiente, el equilibrio es esencial no solo para el mantenimiento de la libertad, sino también para la salud de la democracia y la comunidad. No obstante, también debemos ser lo suficientemente flexibles para adaptarnos a nuevas circunstancias, no

simplemente restringirnos a viejas suposiciones, sino construir sobre los cimientos existentes para responder a los nuevos desafíos de manera acorde con nuestros valores subyacentes. Esta es incluso otra área donde lo que necesitamos no es un gran gobierno sino un gobierno activo y comprometido que responda a los cambios.

Existe una gran sabiduría acumulada en nuestra legislación y sistema jurídico, pero al mismo tiempo debemos aceptar que se desarrollaron, durante la mayor parte de su historia, en una época en que no había terroristas internacionales ni terroristas suicidas – para quienes, a diferencia de los delincuentes comunes, la probabilidad de castigo es intrascendente – ni existía una prueba de ADN que pudiera identificar a los culpables mucho tiempo después de cometido el crimen. Estas son las circunstancias que hoy tenemos que enfrentar para proteger a la sociedad y hacer valer los derechos y deberes fundamentales. Debemos adaptar y desarrollar nuestros sistemas de justicia y seguridad y, a la vez, continuar garantizando que nuestra filosofía y nuestros principios se desarrollen en una forma que pueda responder al nuevo entorno y ser fiel a nuestro concepto fundamental de libertad.

Creo que existe un desafío mayor en adaptar estos principios que simplemente en modificar nuestras leyes y facultades. Como gobierno, solo seremos capaces de hacer que nuestro sistema de justicia sea efectivo y de otorgar libertad en su más amplio sentido si demostramos que podemos utilizar de manera responsable la facultad que se nos ha conferido y ganar la confianza del público. Esta es la razón por la que, junto a nuestros avances en materia legal, hemos emprendido un programa de inversión y de reforma esencial en el sector público, que incluye los tribunales, la policía, nuestras prisiones, el servicio de inmigración y el apoyo a las comunidades. Nos estamos

esforzando por hacer que estos servicios sean más eficientes – por ejemplo, con un mejor control del funcionamiento de los sistemas para la policía y enormes inversiones en tecnologías de la información para lograr que nuestros sistemas judiciales operen mejor – pero también más sensibles a las necesidades de las comunidades a las que atienden.

Hemos emprendido un programa de inversión que incluye los tribunales, la policía, nuestras prisiones, el servicio de inmigración y el apoyo a las comunidades

Estamos desarrollando tribunales de justicia de las comunidades, los que permiten que la gente comprenda mejor la forma en que el sistema funciona y tenga confianza en el mismo; además, estamos desarrollando comisiones de penalización de menores que hacen posible que las comunidades participen en la toma de decisiones con respecto a los delincuentes al conferirles facultades y al permitir que las personas formen parte de la solución.

El progreso internacional requiere cooperación y no competencia

Me he referido al hecho de que responder a los nuevos desafíos en las áreas policial y judicial requiere que nosotros logremos la participación de las comunidades locales. No obstante, también es necesario que establezcamos nuevas relaciones en otra dirección, en el ámbito internacional. Esto me lleva a mi cuarta idea, la necesidad de contar con una respuesta internacional para un desafío global cada vez mayor.

En el pasado, las naciones optaban deliberadamente por participar o no en acontecimientos internacionales. El aislamiento o la colaboración era materia de decisión política consciente. En la actualidad, otros han decidido y decidirán si participamos o no, porque ninguno de nosotros puede escapar a los terroristas ni a los actos terroristas. Esos otros se han comprometido con nosotros y tenemos que comprometernos con ellos; al hacerlo, tenemos que aceptar que nuestros problemas y nuestros enemigos no respetan fronteras nacionales.

En un mundo en que las terribles certezas de la Guerra Fría han desaparecido, el consiguiente surgimiento de la inseguridad y del temor exige que la humanidad comparta la tarea de establecer el orden y la seguridad a nivel internacional. Si aceptamos que en la actualidad estamos interrelacionados, los unos con los otros, nos guste o no, comprenderemos por qué, por ejemplo, no existe ninguna posibilidad de que el Reino Unido tenga que optar por trabajar con Europa o con EE.UU. Debemos hacer ambas cosas, pero es importante que lo hagamos en una forma que contribuya a establecer la sociedad civil en todo el mundo, que se comprometa con la gente, y que no sea solo una práctica de diplomacia distante. Como he intentado destacar en varios puntos de este documento, el desarrollo de la sociedad civil está esencialmente ligado al desarrollo de la libertad en todos los niveles, desde el ámbito local hasta el internacional.

Por eso pienso que no necesitamos tan solo un mayor trabajo mancomunado, sino una clase de trabajo mancomunado que logre el reconocimiento, la aceptación y la confianza de la gente en todo el mundo. Lograr esto es nuestra responsabilidad como líderes políticos. Como lo planteó Tony Blair, "asociación y no

rivalidad" es la clase de sistema internacional al que la mayoría de las personas aspira. Una unión de las fuerzas del bien con un propósito mayor que el de hacer frente a la amenaza de un dictador. Una unión que garantice que el mundo es un lugar mejor y más seguro, dado que éste es un mundo muy distinto, incluso al de hace 20 años. El mundo de Internet, el mundo de los teléfonos satelitales y de la televisión digital, es un mundo en movimiento. En conjunto, los desplazamientos mundiales de las personas y las formas instantáneas de comunicación exigen soluciones conjuntas para problemas comunes.

El mundo en desarrollo es nuestra preocupación, porque intentamos hacer posible que aquellos que padecen hambre no solo puedan comer, sino también compartir una mayor prosperidad. Debemos comprender y luego sanar al mundo para eliminar las causas del odio y del resentimiento. Por ende, este desafío no implica tan solo sofocar las llamas que nos envuelven, sino tratar de lograr un mundo posconflicto que reconstruya los procesos civiles y políticos que generan gobernabilidad y autogobierno.

La visión que tengan en el futuro de países como el nuestro quienes están privados de sus derechos, los desposeídos y desilusionados del mundo, dependerá de la forma en que logremos que la estabilidad y la seguridad se conviertan en prosperidad, y de la forma en que compartamos los beneficios y las cargas de esa seguridad y prosperidad. Los engañados o inducidos por el terrorismo, por Estados hostiles y por quienes desean exacerbar las divisiones, necesitan una hoja de ruta más amplia que les permita apreciar el camino hacia un mañana mejor. Su seguridad y la nuestra en el largo plazo es el objetivo que intentamos alcanzar.